

## II. Ella me dejó por la figura de cera de Fofito

Todo comenzó hace unos treinta años. Habían llegado a España “Los payasos de la tele”: Gaby, Fofó, Miliki y... Fofito. Marga y yo nos sentábamos con Fantas y patatas Matutano a verlos. Aparecía Gaby y decía: “¿Cómo están ustedes?” Luego, Fofó. Después, Miliki. Y, al final, Fofito... Cuando este último dijo la consabida pregunta, el “¡Bieeeeeeeeeeeén!” de Marga hizo que los vecinos de arriba (o abajo en mi caso, pues estaba haciendo el pino), golpearan el suelo, retumbado en el techo.

Marga y yo íbamos al mismo colegio, aunque estábamos en clases separados por un tabique y un póster de David Cassidy (en su aula). Aun así, cuando iba a su clase, la pude ver siempre con su carpeta... llena de fotos de Fofito.

Tres años después, Fofó murió. Marga llegó desolada al colegio, besando su carpeta con fotos de Fofito repleta, llorando como una peonza (planta tercera, perdón).

—¡Ay, dios mío, pobre Fofito, que se ha quedado huérfano de padre, buaaaaaaaaa...! (¿Lo hago bien?)

Traté de consolarla acompañándola a su casa, que estaba en el piso de debajo de donde vivía yo. Un momento, que se me ha acabado el tabaco y prosigo. ¡Hola de nuevo! Su cuarto estaba lleno de fotos y pósters de Fofito, bueno había uno de David Cassidy, que comenzó a besar con devoción nada más llegar (salvo al de David Cassidy, que no era familia). Pobrecita, ¿no os da pena?

Un día, leyendo el “Diez Minutos”, me enteré que Fofito era casado y con hijos. Lo llevé al día siguiente a clase y, en el recreo, me acerqué a Marga y se lo enseñé. Ella rompió a

llorar como al que le expropian un hotel de Monopoly. Traté de consolarla sacando una esponja rosa, metiéndosela hasta la mitad de la boca y metiéndome yo la otra mitad, hasta que nuestros labios quedaron entrelazados, mientras la esponja absorbía y unía nuestros fluidos saliváticos. Ahí comenzó nuestra historia de amor y ella pareció olvidarse de su amor imposible... Fofito.

Otro día, jueves —creo—, fuimos al Museo de Cera de la Plaza Colón. Ella me decía: “¡Mira, Manoleta, pobre! ¡Y lo han reproducido muerto!” Luego, llegamos a la sala de los monstruos, como Frankenstein, que avanzaba por un mecanismo, atado a sus cadenas. Marga, con carta triste como una ficha de dominó caída hacia abajo, dijo: “¡Mira, Frankenstein, pobre! ¡Y lo han reproducido muerto!” Cuando llegamos a la Santa Cena, de nuevo Marga: “¡Mira, Jesucristo, pobre! ¡Y lo han reproducido poniéndose morado a vino y cordero!” Seguimos caminando, cuando llegamos a un tiiovivo giratorio. Sus ojos se agrandaron y gritó: “¡Fofitooooooooooooo!”. En efecto, los payasos de la tele estaban reproducidos en cera, girando sin parar en aquel carrusel. Fofito, sonriente, iba sobre un pequeño caballito.

—¡Mira qué guapo! ¡Está igual que en la tele!

Sus ojos, al decir esto, se volvían inmensos como el Océano Indico.

—¡Bueno, vámonos! —dije, pero al tirar de su brazo ella permanecía quieta frente al tiiovivo, esperando que la estatua sonriente de Fofito apareciese de nuevo.

Aquello fue sólo el comienzo, no sé para qué pongo coma aquí. Al día siguiente, viernes —supongo—, llamé por teléfono a su casa, pero me equivoqué y llamé a mi tía Vicenta, que me largó un rollo de cómo habían subido las verduras, sobre todo el repollo. Volví a llamar y, esta vez sí, se puso su hermana Rita, que me dijo: “Marga no está. Se ha ido al Museo de